

PRÓLOGO

Diciembre, 40 a.C

Llegaron de Menfis, Tebas y Heliópolis para ser testigos del nacimiento del salvador. Esclavos y hombres libres, mercaderes y artesanos, poetas y sacerdotes... todos llegaron. Los oráculos de Babilonia acudieron también con sus profecías. Incluso los romanos asistieron, porque su poeta místico, Virgilio, había predicho una nueva era y una raza más digna de hombres. Algunos llegaron en camellos, otros en botes de pesca, algunos a pie. Y maravillosamente alto sobre el muelle, el faro de Alejandría los recibió a todos ellos.

Alejandría era el brillante centro del mundo: sus ciudadanos eran de todas las razas, religiones y filosofías. ¿En qué otro sitio podría haber nacido el salvador? ¿Y en qué otro momento, más que en aquella auspiciosa noche? Era la víspera del solsticio de invierno, la fiesta de la Natividad de Horus, y la multitud abarrotaba las plazas y las terrazas de mármol. El vino fluía libremente y la música de laúd se mezclaba con el murmullo de una docena de lenguas distintas. El dulce olor del incienso cargaba el aire más que cualquier otro año que pudiera recordarse, porque aquella no era una celebración normal.

La gente creía que la reina Cleopatra y su consorte romano alumbrarían a un niño divino, y esperaban con nerviosismo, susurrando: «Ya viene el Salvador».

Al amanecer se alzaron las voces de los heraldos.

—¡La nueva Isis nos ha dado a un dios sol, y a una diosa luna!

Dos salvadores, no uno. Mellizos que cerrarían el círculo Isis-Osiris, justo como se había predicho. Dos niños que cambiarían el mundo, un mundo que ya esperaba la Edad Dorada.



I

30 a.C.

Algo se enroscaba peligrosamente en el interior de la cesta que portaba, pero me habían dicho que no levantara la tapa ni preguntara lo que acechaba bajo sus juncos tejidos. La cesta olía reconfortantemente a cedro y a suntuosos higos, pero estaba bordada con los emblemas de Anubis, el Guía de los Muertos con cabeza de chacal.

Anubis era un dios amable, así que verlo debería haberme tranquilizado, pero lo único que hizo fue magnificar mi sensación de temor. Como habíamos perdido la guerra, Alejandría estaba silenciosa y cargada de malos augurios.

Yo había sido la niña más protegida de Egipto, pero eso ahora había cambiado, y el retorcido movimiento en la cesta me convenció de que sostenía la traición entre mis brazos. Me detuve abruptamente en el centro de la vía, bajo una columnata de mármol que proyectaba crepusculares sombras sobre la silenciosa calle.

—Ya no quiero llevar más la cesta —dije.

—A veces tenemos que hacer cosas que no queremos, princesa Selene —me contestó nuestro tutor real, atreviéndose a empujarme hacia delante con su báculo adivinatorio. Que me tocara ofendió mi dignidad real, pero yo sabía que no era prudente regañar a Eufronio, pues el viejo mago estaba inusualmente nervioso aquel día. El aroma metálico de la magia negra se aferraba a su blanca túnica de lino y flotaba tras él mientras nos apresurábamos. El mago seguía mirando sobre su hombro a los guardias romanos que nos acompañaban a una distancia apenas respetuosa e, incluso a pesar de que el Sol estaba poniéndose y la tarde era fresca, el sudor brillaba sobre su calva.

Eufronio cogió en brazos a mi hermano pequeño, Filadelfo, y nos pidió que camináramos más rápido.

—Démonos prisa, antes de que Octavio cambie de idea sobre dejaros ver a vuestra madre.

Intenté mantener el paso, pero la cesta era insoportablemente pesada y no dejaba de pisarme el dobladillo de mi vestido bordado con perlas con mis sandalias plateadas. Escuché cómo se rasgaba la tela, pero me las arreglé para mantener el ritmo, aunque con una queja.

—Caminaría más rápido si un sirviente llevara la cesta. ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

Después de todo, no era solo la princesa de Egipto. ¿No era también la reina de Cirenaica y Libia? Sobre la frente llevaba una diadema real bordada con perlas. ¿Por qué debía cargar con algo, y especialmente con algo que me asustaba?

—Yo la llevaré por ti —se ofreció mi hermano mellizo.

Pero Eufronio hizo un gesto a Helios para disuadirlo.

—Princesa Selene, tu madre quiere que seas tú quien porte la cesta como ofrenda para tu padre. ¿Deshonrarás a Antonio desentendiéndote de lo que queda de su alma en este mundo?

Nuestro mago no habría necesitado usar el abrupto garrote de la culpa; el recuerdo de que había sido mi madre quien lo había ordenado habría sido suficiente para hacerme obedecer, pero su mención de mi padre muerto me precipitó a un silencio provocado por el dolor. Mi pobre y deshonrado padre.

Tenía cuatro años cuando lo vi por primera vez. Llevaba una espada en el cinturón, un casco con una cresta de crin de caballo y una armadura esculpida bajo una capa roja como la sangre; me aterrorizó. Cuando sus sandalias militares con tachuelas golpearon por primera vez los suelos de mármol, me encogí de miedo y lloré. Mi madre me acogió en sus brazos y me dijo que no tuviera miedo, porque mi padre tenía regalos para mí y para mi mellizo, y una propuesta de matrimonio para ella. Los romanos eran nuestros amigos y nos protegían, nos dijo.

Pero ahora sabía que me había mentido.

Cuando los «romanos de verdad» llegaron, pues así es como se autodenominaban los hombres de Octavio, lo hicieron para conquistarnos. Cuando los «romanos de verdad» llegaron, ni siquiera mi padre con su impresionante espada pudo protegernos, e incapaz

de vivir con ese fracaso sobre sus espaldas se atravesó su leal corazón con aquella arma que tanto llamaba mi atención.

Ahora, sin él, todo estaba derrumbándose. Nuestro palacio estaba infestado de soldados enemigos, mis dos hermanos mayores habían desaparecido y mi madre estaba prisionera. Lo único que yo podía hacer era trastabillarme tras nuestro tutor, callada por la enormidad de nuestra pérdida.

Las amplias calles de la conquistada Alejandría estaban vacías: los toldos del mercado no eran más que un colorido recordatorio del habitual bullicio de sus mercaderes. Incluso los templos de cúpulas doradas estaban desiertos, y me pregunté si los dioses también nos habrían abandonado.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó el pequeño Filadelfo.

—Huyeron —le contestó Eufronio secamente mientras pasábamos junto a las hileras de estatuas del interior del recinto real—. El pueblo huyó al enterarse de la llegada de las legiones de Octavio. Los que quedan se han encerrado en sus casas, con las puertas y los cerrojos cerrados.

—Así que las estatuas son las únicas que resisten valientemente ante los romanos —dijo Helios, y noté que estaba enfadado. El funesto estado de ánimo de mi hermano mellizo provocó que el mío empeorara aún más. Subí penosamente los peldaños de mármol con mi pesada cesta, incapaz de agitar mi falda con el estilo real que tanto había practicado. De todos modos, allí no había ninguna multitud saludándome. Habíamos llegado a la tumba donde mi madre se había escondido de Octavio, aunque él la había encontrado. Ahora era prácticamente su prisión.

Eufronio se acercó a los guardias romanos.

—Los hijos de la reina Cleopatra están aquí para verla. El honorable Octavio ha dado su permiso.

Uno de los guardias examinó a Eufronio. Puso sus sucias manos sobre la sagrada persona de nuestro mago mientras yo miraba atónita e intentando ignorar el extraño movimiento en el interior de la cesta, que era como un eco del miedo que serpenteaba alrededor de mi corazón. Entonces, el maleducado guardia romano se acercó a mí y extendí la cesta hacia él, esperando que metiera la mano dentro. ¡Esperando que el espíritu maligno que habían escondido allí saliera y lo matara!

Pero el guardia me hizo un ademán despectivo para que continuara, como si fuera una campesina. Fue la primera vez que me trataron así, pero no la última. En aquel momento me di cuenta de la facilidad con la que los romanos ignoraban a las mujeres. Por supuesto, mi madre había aprendido esa lección hacía mucho.

Encontramos a mi madre en su tumba junto a una estatua de cera de mi padre. Estaba preparando una comida para su *ka*, como si fuera una humilde esposa en lugar de Cleopatra, la reina de Egipto.

Aunque mi piel era clara, la suya era de un tono cobrizo bañado por el Sol, como correspondía a los soberanos de los países desérticos. Su cabello era una extraña mezcla: mechones oscuros con destellos de bronce. Y aunque sus rasgos no eran delicados, su rostro era el de una diosa dorada. Millones de personas creían que era justo eso: Isis renacida.

La luz de las velas parpadeó sobre los muros dorados de la tumba y la rodeó, por un momento, con un etéreo halo que me hizo pensar que estaba realizando algún tipo de magia sobre la estatuilla de mi padre. La gente corriente decía que las estatuas imbuidas de *ka* podían cobrar vida, pero Eufronio nos había dicho que los restos del alma de mi padre debían pasar a través de las puertas hasta la siguiente vida, y mi madre había estado de acuerdo.

En aquel momento se giró hacia nosotros con una expresión de sobrenatural serenidad y eso incrementó mi alarma, porque la serenidad nunca había sido una de las célebres características de mi madre. Pidió a sus sirvientas, Iras y Charmian, que cogieran mi cesta, y yo la entregué con impaciencia. Entonces abrió los brazos de par en par.

—Venid.

Corrimos hacia ella.

—¡Hay soldados por todas partes! —lloró Filadelfo, porque solo tenía seis años y estaba asustado.

—No llores —le ordenó Helios.

—No pasa nada —le dijo mi madre, acariciando suavemente con sus dedos las mejillas manchadas de lágrimas de mi hermano pequeño—. Los reyes y las reinas lloran con su familia. Esconde tu dolor de súbditos y forasteros.

—Los romanos no nos han dicho nada —le dije, luchando para contener mis propias lágrimas—. ¿Dónde está Cesarión? ¿Dónde está Antilo? ¿Y nuestro primo Petubastes? ¡Todos han desaparecido del palacio!

—Petubastes está muerto —me contestó sencillamente, como si así, de algún modo, doliera menos—. Y mataron a Antilo mientras suplicaba clemencia a los pies de la estatua de César.

Dejamos escapar un sonido de entremezclada angustia. Petubastes había sido un joven sacerdote de Ptah; no era un guerrero. Antilo era el hijo que había tenido mi padre con su esposa romana, pero se había venido a vivir con nosotros hacía años y todos lo queríamos. Era impensable que ambos pudieran estar muertos.

—¿Cómo pudieron matar a Antilo? —gritó mi mellizo—. Era uno de ellos. ¡Era romano!

Mi madre nos abrazó con más fuerza, susurrando.

—A pesar de sus discursos sobre la República, Octavio no es más que un déspota. No respeta ninguna ley, ni parentesco. Haréis bien en no olvidarlo.

—¿Y Cesarión? —Quería saber qué había pasado con mi hermano mayor—. Él es el rey de Egipto. No pueden haberlo asesinado a él también.

Mi corazón se desbocó mientras esperábamos la respuesta de mi madre. Me contestó sin mirarme a los ojos.

—Cesarión se ha marchado.

¿Marchado? ¿A qué se refería?

A veces parecía que Helios había heredado incluso más estoicismo romano del que mi padre había poseído, por lo que su mandíbula se apretó en un adusto gesto de desaprobación.

—¿Quieres decir que ha huido?

—A veces es mejor dejar la lucha para otro momento —le contestó mi madre.

Noté la abrasadora furia de mi mellizo. Se dirigió a Eufronio en busca de un objetivo.

—¿Por qué no está luchando el pueblo por nosotros? ¿Es que son unos cobardes? ¿Nos odian?

El viejo mago sabía que no era prudente hablar sin permiso en presencia de la reina, así que se dispuso a encender las lámparas de adivinación de alabastro mientras mi madre giraba la barbilla de Helios y lo obligaba a mirarla.

—Helios, yo he ordenado al pueblo que no luche. Cuando vuestro padre murió, perdimos todas las esperanzas. Si nos hubiéramos resistido habrían quemado la ciudad. Sé muy bien cuánto les gusta a los romanos quemar cosas.

Habían quemado su puerto, los almacenes llenos de libros que iban a formar parte de la Gran Biblioteca e incluso a su esposo, Julio César. Parecía estar recordándolo todo en aquel momento mientras enterraba la nariz en mi cabello.

—Helios y Selene. Mi sol y mi luna. ¿Es posible que ya haya llegado el momento de decir adiós? Pareciera que Isis os entregó a mí apenas ayer y ya hace una década.

Una columna recubierta de lapislázuli coloreó el rostro de mi hermano con sombras azules.

—¿Por qué estamos despidiéndonos?

Mi madre tenía los ojos tranquilos, pero le tembló la voz.

—Vosotros debéis ir a Roma, pero yo iré a otro lugar. Sin mí, Octavio tendrá menos razones para asesinaros. Sin mí, os necesitará.

El temor que se había enroscado en mis brazos mientras sostenía la cesta se deslizó en aquel momento por mi espalda. Comprendí, por primera vez, que mi madre estaba decidida a morir.

Helios también debía haberse dado cuenta, porque su rostro enrojeció instantáneamente.

—¡Dijiste que dentro de tres días todos iríamos a Roma!

—Dije eso porque los romanos estaban escuchándonos —murmuró mi madre.

Intentó coger las manos de Helios entre las suyas. Él las retiró como si le quemaran; sentí el pánico que revoloteaba sobre su rostro como si fuera mi propio miedo.

—Ahora no tenemos mucho tiempo —me dijo mi madre—, así que escucha con atención. Cuando Octavio nos declaró la guerra, dijo que una mujer no debía creerse igual a un hombre. Esta es la causa justa por la que los romanos afirman luchar, así que la vida en Roma será difícil para ti. Intentarán hacerte olvidar quién eres, o intentarán que te avergüences de ello. Pero no debes olvidar, y no debes sentirte avergonzada.

—Dijiste que todos íbamos a ir a Roma —insistió Helios, como si decirlo de nuevo fuera a hacerlo realidad.

Mi madre simuló no escucharlo.

—Eufronio te ha hablado de los nueve cuerpos, ¿verdad? Vuestro padre ha sido debidamente enterrado, de modo que su *akh*, su cuerpo espiritual, viaja a través del más allá. Ahora voy a reunirme con él.

Miré el lugar donde mi padre había sido sepultado junto a sus armas. Había sido tan grande como un oso, un guerrero con cuello grueso y hombros amplios que, sin embargo, se había inclinado ante mí y me había llamado su princesa. A veces, después de sus batallas, venía a casa y me alzaba en brazos. Otras incluso se ponía de rodillas y simulaba acecharme como uno de los grandes felinos de la jungla. Aquel era el padre que había perdido, y ahora mi madre pretendía quedarse con él allí, en aquella tumba, para siempre.

Sus sirvientas estaban ya preparando su vestido real. No la diadema real de la Dinastía de los Ptolomeos, sino la que llevaba los antiguos símbolos egipcios que habíamos abandonado hacía mucho: la blanca corona del Alto Egipto y la pequeña corona roja del Bajo Egipto, con el báculo y el mayal.

Solo me di cuenta de que estaba llorando cuando mis lágrimas cayeron al suelo de mármol.

—Yo no quiero que tú también mueras.

—Selene —me dijo mi madre—, pronto me reuniré con los dioses de Occidente y atravesaré las puertas que conducen a mi destino... y al vuestro.

Odié su mirada distante. Era como si ya hubiera comenzado su viaje.

—Por favor, no te mueras —le supliqué—. Haré cualquier cosa que me pidas.

Filadelfo añadió sus plegarias a las mías.

—No, madre, por favor, ¡no nos dejes!

Ante esto, las lágrimas de mi madre se derramaron por fin sobre sus pestañas. Se llevó las manos de Filadelfo hasta los labios y besó uno a uno sus regordetes deditos.

—La muerte, si se hace bien, es una puerta de este mundo a otro. No tiene por qué ser el final de nada. No tengo miedo, así que vosotros, mis niños, tampoco debéis tenerlo. —Entonces sus labios se torcieron en una mueca de dolor—. Sigo llamándoos niños, pero nunca os he dejado serlo. Nacisteis reyes y reina desde el principio, y ahora sois como era yo a vuestra edad; veis a través

de unos ojos marchitos. Sobre todo tú, Selene. Es tu bendición y tu maldición.

—Su Majestad —interrumpió Eufronio—. El sol casi se ha puesto. No queda mucho tiempo.

Mi madre asintió lentamente, parpadeando para alejar las lágrimas.

—Trae mi cofre de magia.

—Te ayudaré a trabajar el *heka* —le dijo el mago mientras nos reuníamos alrededor de la lámpara de aceite.

—No —le contestó ella—. Ahorra tu magia para el futuro. Yo usaré la que me queda con los niños.

Entonces mi madre miró la llama mientras el dulce humo llenaba la tumba y el aroma de la magia blanca nos rodeaba, y asumió un tono más formal.

—Esta noche tengo un regalo para cada uno de vosotros. Para protegeros cuando yo me haya marchado.

Sacó un amuleto de oro del cofre y lo colocó alrededor del cuello de Filadelfo. Rozó la frente del chico con la suya y le dijo:

—Ptolomeo Filadelfo, te entrego mi visión. —Entonces susurró el hechizo sobre el amuleto para imbuirlo de poder—. Oh, padre Osiris, hermano Horus, madre Isis, estoy sin vendar y veo.

Los conmovedores ojos castaños de Filadelfo se abrieron de par en par y retrocedió como si hubiera visto algo aterrador. Helios y yo nos giramos para comprobar si había algo a nuestra espalda, temerosos de que los romanos hubieran entrado en aquel santuario, pero solo vimos a las sirvientas de mi madre.

A continuación, mi madre puso un amuleto dorado con forma de buitre alrededor del cuello de Helios y él inclinó la cabeza, con los puños apretados por la frustración.

—Alejandro Helios, a ti te entrego mi poder, mi *sekbem*. —Mientras decía las sagradas palabras, sostuvo la mano de Helios—. Está escrito que sea el soberano del mundo entero. Luchará poderosamente y hará que sus hazañas sean recordadas. Su madre, la poderosa Isis, lo protegerá, y por eso le ha transferido su fortaleza.

Al final, mi madre se acercó a mí. Colocó en mi cuello un pequeño colgante de jade con forma de rana. Yo entorné los ojos, porque los amuletos de mis hermanos me parecían mucho más impresionantes. Extrañada, leí las palabras talladas en el vientre verde de la rana, y arqueé una curiosa ceja.

—Léelo en voz alta —me pidió mi madre.
Pronuncié las palabras con valentía y fuerza.
—Yo soy la Resurrección.

En aquel momento nació en mí un poder que nunca antes había conocido. Era magia.

Las olas verdes del Nilo lamieron mi conciencia, arrastrándome a los pantanosos juncos de un sueño en vigilia donde la vida rebosaba. Vi a la rana y a los pececillos, el limo que les proporcionaba la vida asentándose sobre los campos. Los pájaros volaban en bandadas y los nenúfares florecían. Con mis dedos tracé perezosos círculos en el onírico río, haciendo que los peces saltaran a la superficie. Pasé junto al seco follaje marrón mientras me abría camino hacia la orilla y este germinó, verde, de nuevo. Miré la descolorida piel de una serpiente y esta se alzó, enroscándose y brillando.

Era lo más hermoso que había visto nunca, pero demasiado intenso. Se me doblaron las rodillas. Mi madre me sujetó para evitar que me cayera.

—Cleopatra Selene, a ti te confío mi espíritu, mi *ba*. Tú eres la Resurrección.

Me estremecí y mis labios temblaron.

—No lo comprendo.

—Es mejor así —me dijo—, porque los romanos no dudan en torturar a niños para obtener información. Tu padre te diría que vivieras tanto como pudieras hacerlo de un modo honorable. Yo te digo que vivas tanto como puedas hacerlo sirviendo a Isis. Adórala y sigue sus dictados. Esto no será suficiente para satisfacerla; a menudo yo tampoco la he complacido, pero aun así debes intentarlo. Sé caritativa con los pobres y los enfermos. Ayuda a los desvalidos y a los que sienten necesidad. Sé amable cuando puedas y feroz cuando debas. Recuerda que Egipto y nuestra fe viven en ti.

Helios agitó la cabeza sin querer oír una palabra más. Yo tampoco quería. Quería detener el tiempo, hacer que todo volviera a ser como antes de que Octavio llegara con sus legiones. Pero mi madre nos obligó a escuchar.

—Sólo hay tres tipos de tinta que los gobernantes pueden usar para escribir sus historias: sudor, sangre o lágrimas. Elegid la tinta que vais a usar cuidadosamente, porque un día Anubis pesará vuestro corazón sobre una balanza. Si vuestro corazón es negro y está

lleno de pecado, en la hora del juicio lo devorarán los cocodrilos. Pero si sois leales, Isis os ofrecerá la inmortalidad.

Mi madre nos abrazó una última vez y después llamó a nuestro tutor.

—Eufronio, lleva a los niños y estas tablillas de cera ante Octavio. Contienen mis últimos deseos. Espera hasta que sea demasiado tarde para revivirme, porque seguramente lo intentará. Sus consejeros le dirán que debe alegrarse de mi fallecimiento y él sabrá que es mejor para su propósito que esté muerta. Pero hay algo oscuro y retorcido en ese hombre. Octavio siempre desea con mayor fuerza lo que no puede tener.

Eufronio hizo una pronunciada reverencia.

—Será un honor mantenerte lejos de sus garras, Majestad. Ojalá hubiera podido completar la enseñanza de los mellizos en este Río de Tiempo...

—No ha habido tiempo, Eufronio. Lo comprendo —le dijo.

Los ojos del viejo brillaron.

—Todo se hará como has ordenado.

Ella buscó su mano, aunque tocar a alguien que no fuera parte de la familia era un gesto inusual por parte de una reina.

—Tu lealtad ha sido más preciada para mí que todo el oro de este mundo.

Eufronio besó su anillo de amatista y después se retiró como si todas las palabras lo hubieran abandonado.

—Ahora, llévate a los niños.

El mago reunió las tablillas y me empujó por el brazo mientras intentaba contener mis sollozos.

—Podríamos huir juntos. Podríamos marcharnos a un lugar donde los romanos nunca pudieran encontrarnos —grité.

—¡Selene! —me interrumpió mi madre—. Ahora voy a ir al único lugar a donde los romanos no pueden seguirme. Tú eres parte de la dinastía Ptolemaica, una reina, y el recipiente de Isis. Recuérdalo.

Mientras nos marchábamos, mi madre colocó la cesta en su regazo. Deslizó el brazo bajo la tapa y escuché el siseo del áspid. Entonces susurró las últimas palabras que le escuché decir.

—Aunque me desmorone hasta convertirme en polvo, mi espíritu permanecerá. Ahora viajaré a casa y, aunque mis tierras quedarán baldías y mis palacios se convertirán en arena, Egipto vivirá

un millón de años en mí. No tengo miedo, porque la muerte no es el final de todas las cosas. Me calentaré de nuevo junto a un fuego, amada por un hombre y con niños sobre mis rodillas. En el Nilo de la Eternidad, viviré para siempre.